

Paidós, Barcelona, octubre 2020, primera edición. ¹

1.-Primer texto seleccionado. De la página 465 a la 468

Casi setenta años atrás, el historiador económico Karl Polany reflexionó sobre cómo el capitalismo industrial, con sus dinámicas de mercado, destruía aquello mismo que se proponía comprar y vender si nadie ponía freno a dichas dinámicas: «La ficción de la mercancía implicaba el olvido de que abandonar el destino del suelo y de los hombres a las leyes del mercado equivalía a aniquilarlos».² [Sin una declaración sintética,] (*sic en el original; o mal traducido o impreso*) la de Polany es una profecía que parece inevitablemente destinada a hacerse realidad, y ese hecho por sí solo debería ponernos en alerta. ¿Qué augura la profecía de Polany para nuestra propia época?

El capitalismo industrial siguió su propia lógica de conmoción y pavor. Puso en su punto de mira la naturaleza con el ánimo de conquistarla (como «cosa») para los intereses del capital. Ahora, el capitalismo de la vigilancia tiene en su punto de mira la naturaleza *humana*. Solo con el tiempo hemos ido comprendiendo progresivamente que los métodos concretos de dominación empleados por el capitalismo industrial durante más de dos siglos han alterado profundamente las condiciones que permiten que haya vida en la Tierra, y han vulnerado los preceptos más básicos de la civilización. Pese a sus múltiples beneficios e inmensos logros, el capitalismo industrial nos ha dejado peligrosamente cerca de correr la misma suerte que los antiguos habitantes de la isla de Pascua, que arruinaron el terreno que les daba la vida y, luego, crearon estatuas que otearan el horizonte en busca de una ayuda y un auxilio que jamás llegaron. *Si el capitalismo industrial alteró peligrosamente la naturaleza, ¿qué estragos podría causar el capitalismo de la vigilancia en la naturaleza humana?*

La respuesta a esta pregunta nos obliga a volver sobre la cuestión de los imperativos. El capitalismo industrial nos condujo al borde de un peligro apocalíptico, pero no por efecto de un ansia malvada de destrucción o a consecuencia de una tecnología descontrolada. Fue, más bien, un resultado impulsado de forma ineluctable por su propia lógica interna de acumulación, con sus correspondientes imperativos de maximización de beneficios, competencia, aumentos constantes de la productividad laboral mediante el desarrollo tecnológico de la producción y crecimiento financiado con la inversión continua del excedente. ³ Lo importante, pues, fue la «orientación

económica» de la que ya hablara Weber, y cómo esa orientación se fusiona con la forma concreta de capitalismo en cada época.

La lógica del capitalismo industrial eximía a la empresa de responsabilidades por las consecuencias destructivas de su actividad y eso desencadenó la desestabilización del sistema climático, con el consiguiente caos que tal desestabilización augura para todos los seres vivos. Polany comprendió que el capitalismo era un alimento crudo que nunca podría cocinarse desde dentro. Él defendió que era la sociedad a la que le correspondía imponer esas obligaciones al capitalismo insistiendo en la aplicación de medidas que ligaran el proyecto capitalista a lo social, y a la conservación y al sostenimiento de la vida y de la naturaleza.

La profecía de Polany tampoco tiene mucho sentido para nosotros si no la percibimos a través de la óptica de los imperativos económicos del capitalismo de la vigilancia, pues ellos son los que estructuran el derecho que este se arroga a disponer libremente de la experiencia humana. Así que, si queremos redescubrir nuestro sentido del asombro, ¿qué tal esto para estimularlo? *Si la civilización industrial floreció a costa de la naturaleza y amenaza ahora con costarnos la Tierra misma, una civilización informacional moldeado por el capitalismo de la vigilancia prosperará a expensas de la naturaleza humana y amenaza con costarnos nuestra propia humanidad.* La profecía de Polany nos obliga a preguntarnos si aún estamos a tiempo de conjurar ese destino mediante nuestras propias declaraciones sintéticas.

[Las partes primera y segunda de este libro se han dedicado a comprender mejor los orígenes del capitalismo de la vigilancia a identificar sus mecanismos fundamentales y sus imperativos económicos, así como a ponerles nombre y examinarlos]. (No suprimo estas líneas, aunque no son necesarias para seguir el hilo de esta selección). La idea desde el principio ha sido que nombrar y domesticar son ejercicios mutuamente inextricables, y que poner nombre nuevos a fenómenos nuevos y hacerlos con cuidado y esmero puede servir para equiparnos mejor con vistas a interceptar todos esos mecanismos de posesión, dar marcha atrás a su acción, generar la fricción que con tanta urgencia se necesita generar, cuestionar la patológica división del aprendizaje ahora imperante, y, en último término, sintetizar nuevas formas de capitalismo informacional que auténticamente satisfagan nuestras necesidades de eficacia vital. La participación social y la eficacia individual no deberían cobrarse el

precio del sacrificio de nuestro derecho al tiempo futuro, que comprende nuestra voluntad de querer, nuestra autonomía, nuestros derechos de decisión, nuestra privacidad y, en el fondo, nuestras naturalezas humanas mismas.

Sin embargo, nos equivocáramos si supusiéramos que el capitalismo de la vigilancia solo puede captarse a través del prisma de su acción económica, o que las dificultades a las que nos enfrentamos se limitan a distinguir, contener y transformar sus mecanismos fundamentales. Las consecuencias de esta nueva lógica de la acumulación han permeado y continúan permeando el tejido mismo de nuestras relaciones sociales, más allá de las prácticas comerciales, y están transformando nuestras relaciones con nosotros mismos y con los demás. Esas transformaciones son el terreno abonado en el que el capitalismo de la vigilancia ha florecido cual especie invasora que se procura su propio suministro de alimento: al transformarnos, produce el sustento que necesita para proseguir su avance.

Quizá sea más fácil ver estas dinámicas si echamos una mirada hacia el pasado. La diferencia entre el capitalismo y la civilización industriales fue la diferencia que había entre el funcionamiento económico de aquel sistema y las sociedades que ese funcionamiento produjo. La variante del capitalismo industrial que alcanzó un carácter hegemónico a finales del siglo XIX y comienzos del XX produjo una especie concreta de medio ambiente moral que hoy percibimos de manera intuitiva, incluso aunque no le pongamos nombre.

El capitalismo industrial estuvo marcado por la división especializada del trabajo, con unas características históricamente específicas: la conversión del trabajo artesanal en una producción en masa basada en la estandarización, la racionalización y la intercambiabilidad de las partes; la cadena de montaje; la producción a gran escala; las grandes poblaciones de asalariados concentrados en entornos fabriles; las jerarquías administrativas profesionalizadas; la autoridad directiva; la especialización funcional; y la distinción entre trabajadores de «cuello blanco» y de «cuello azul».

Se trata de una lista más ilustrativa que exhaustiva, pero basta para recordarnos que la civilización industrial brotó de todas estas expresiones de los imperativos económicos que guiaron la expansión industrial. La división del trabajo dio forma a la cultura, la psicología y la experiencia social. La transición del artesanado al salario por horas creó nuevas poblaciones de empleados y de consumidores, hombre y mujeres completamente dependientes e los medios de

producción, que habían pasado a ser propiedad de empresas privadas (y a estar gestionados por estas).

Ese fue el crisol de la sociedad de masas, de su autoridad jerárquica y de sus formas burocráticas centralizadas del poder público y privado, fenómenos sobre los que planearon en todo momento los fantasmas de la conformidad, de la obediencia y la estandarización humana. Las vidas eran definidas por unas instituciones creadas a imagen y semejanza de las organizaciones industriales: escuelas, hospitales y hasta aspectos de la vida familiar y doméstica, en los que las edades y las fases eran consideradas en función del sistema industrial mismo, pues seguían una evolución que iba desde la formación inicial hasta la jubilación final.

Ahora que el capitalismo de la vigilancia ha ascendido a la categoría de forma dominante del capitalismo informacional, no podemos evitar hacernos la siguiente pregunta: ¿qué clase de civilización presagia? [...] Ya he dicho que no se podían prometer «resultados garantizados» si no existiera el poder que posibilita obtenerlos. ¿Cuál es la naturaleza de ese nuevo poder? ¿Cómo transformará nuestras sociedades? ¿Qué solución ofrece para una tercera modernidad? ¿Qué novedosas luchas rondarán a la humanidad en esos nuevos tiempos y qué auguran en el sentido de un futuro digital que podemos considerar nuestro hogar? Estas son las preguntas que van a guiar nuestro recorrido durante esta tercera parte.

1. https://es.wikipedia.org/wiki/Shoshana_Zuboff

2. Karl Polany, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, 2002 (2ª edición), pág. 137 (trad.cast.: *La gran transformación: crítica del liberalismo económico*, Madrid, La Piqueta, 1989).

Aporto: la primera edición en inglés es de 1944.

3. Ellen Meiskins Wood, *The Origin of Capitalism: A Longer View*, Londres, Verso, 2002.

¿Continuará? Sí.

Iré eligiendo páginas selectas.